

VIDAS SINGULARES

de la historia

Título original:

Gutenberg, und das Geheimnis der Schwarzen Kunst

Textos:

Andreas Venzke

Traducción:

Teresa Martín Lozano

Ilustraciones:

Klaus Puth/Joachim Knappe

Fotografías:

Akg, Berlin, Stadtarchiv Mainz, Picture alliance, Germanisches Nationalmuseum Nürnberg, Gutenbeg Museum, Mainz.

© 2011 Arena Verlag GmbH, Würzburg

www.arena-verlag.de

© De esta edición:

Editorial Editex, S. A.

Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9003-348-7

Depósito Legal: M-2913-2013

Imprime: Orymu

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivarlos por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editex, S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Andreas Venzke

Gutenberg

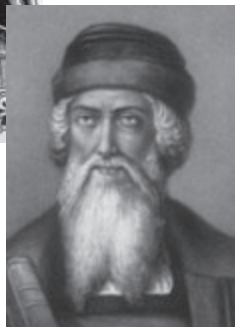
y la máquina
del saber




EDITEX



Guten Guten
Gutenberg Guten
Gutenberg Guten



Johannes Gutenberg

¿Cuál ha sido el invento más importante de la humanidad en el último milenio? Ese fue el tema de la encuesta organizada por la mayor revista de noticias de EE. UU. cuando estaba a punto de empezar el año 2000. El invento elegido fue la imprenta, de Johannes Gutenberg. Y ¿quién fue el “hombre del milenio”? El ganador fue elegido por uno de los principales canales de televisión estadounidenses: el primer lugar lo ocupaba de nuevo Gutenberg.

En este libro hablaremos sobre Gutenberg, el hijo más famoso de Maguncia, cuyo nombre siempre será recordado gracias a un único invento: la imprenta. La invención de la imprenta ha cambiado el mundo más que todas las guerras, descubrimientos y revoluciones. Su importancia solo es comparable con la invención de la rueda o el trabajo del metal. No por nada los hombres la llamaron durante siglos el “Arte Negro”: siempre parecía que se producía un pequeño milagro cuando un texto podía ser imprimido mil veces exactamente igual con la máxima calidad.

Pero ¿qué tipo de persona era el propio Gutenberg? Un hombre combativo, eso lo puedo adelantar ahora mismo. Pero probablemente esa cualidad fuera necesaria en alguien que ha tomado la determinación de desarrollar un proceso destinado a reemplazar el trabajo de todos los amanuenses.

Aquí podréis leer cómo fue la vida de Gutenberg: en un libro, por cierto, algo que si no fuera por su invento no existiría en absoluto.

Un chaval de la nobleza

No nací llamándome Johannes Gutenberg. Los primeros años de mi vida me llamé sencillamente Henchen, como se les llama en Maguncia a los Johannes. Pertenezco a la estirpe de los Gensfleisch, un apellido que significa algo así como “carne de ganso”, por lo que de niño a veces se burlaban de mí. En mi época, todavía se le añadía al nombre de cada persona el nombre de la casa en la que uno vivía. Mi familia ha vivido en muchas casas distintas, por ejemplo “zum Eselweck”, “zur Laden”, “zum Gensfleisch” y, después, “zum Gutenberg”. El nombre que me pusieron al nacer fue más o menos este: Henchen Gensfleisch zur Laden. Pero también me llamaban Johannes, Hans, Henchin, Hengin o Henne.

Mi familia es una familia acomodada. Pertenece desde hace siglos a la clase dirigente de Maguncia. Somos alcaldes, concejales y expertos en contabilidad. Es decir, que nuestras opiniones determinan la política que se aplica en la ciudad.

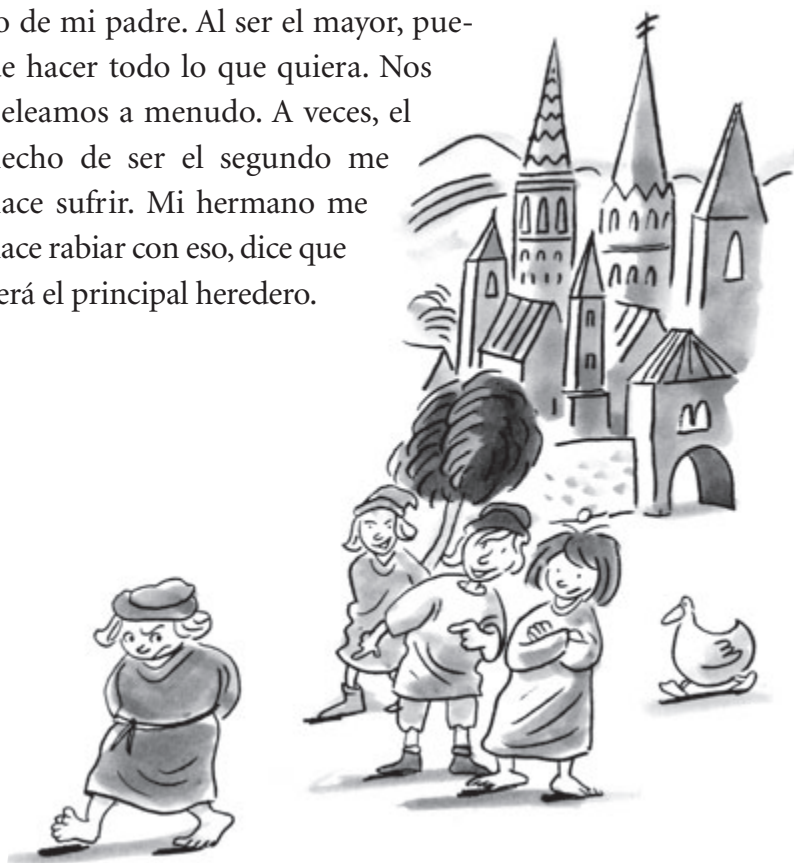


Normalmente nos llaman patricios, pero en Maguncia nos llaman nobles o “los viejos”, sin más.

Tengo dos hermanas. Una de ellas se llama Patze y procede del primer matrimonio de

mi padre, Friele, que es un hombre muy versado en cuestiones de dinero, por ejemplo, es él quien suministra el metal con el que se acuña el dinero en la Casa de la moneda* del arzobispo y ha servido durante un tiempo como contable de la ciudad. Mi padre se ha casado una segunda vez, con mi madre, de hecho: Else Wirich. Primero tienen un niño, mi hermano, que también se llama Friele. Luego nazco yo y después tienen una niña, que se llama Else como su madre.

Por supuesto, Friele es el hijo favorito de mi padre. Al ser el mayor, puede hacer todo lo que quiera. Nos peleamos a menudo. A veces, el hecho de ser el segundo me hace sufrir. Mi hermano me hace rabiar con eso, dice que será el principal heredero.



A veces, por la calle, los hijos de los nobles, cuando me ven, se ponen a hacer ruidos imitando a los gansos. Además me dicen que no pertenezco del todo a su clase porque nuestra madre no es una patricia, que no es más que la hija de un “buhonero”, refiriéndose a mi abuelo el comerciante. Aun así, su familia tiene mucho dinero y la familia de mi padre también. Recibo la mejor educación que se puede tener, y no de balde, sino todo lo contrario.

Sin embargo, incluso de joven tengo que seguir oyendo a la gente susurrar: “Mira, el Henchen, ese no es verdaderamente de los nuestros. No es un noble auténtico”. ¡Ya les demostraré yo a esos, si soy o no de los suyos! Soy un hombre joven y el mundo se abre ante mí. ¡Pronto ve-

rán esos presumidos con quién están tratando!

En 1419 muere mi padre dejando una rica herencia, de la que también a mí me corresponde una parte. Ahora puedo empezar a despilfarrar como se espera de alguien de mi estatus. Ya no oigo a nadie cuchicheando a mis espaldas



que no pertenezco a su clase. Aprendo deprisa: el medio más seguro para obtener poder e influencia es el dinero.

También mi hermanastra Patze, a la que no considero parte de la familia, reivindica su derecho a la herencia. Junto con mi hermano y mi cuñado Klaus Vitztum, el marido de mi hermana verdadera, Else, pongo el tema en manos de los tribunales y se celebra un juicio. Tengo fama de que me gusta discutir, pero lo único que me importa es que se haga justicia.



Tiempo después, surge otra controversia que me hace madurar deprisa. Es un asunto referente a la política de la ciudad. Hace siglos que los nobles tienen la voz de mando en el gobierno de Maguncia, en el Ayuntamiento. Bajo nuestra dirección, la ciudad ha prosperado y crecido y

ahora, de repente, los artesanos y los comerciantes quieren inmiscuirse en nuestras decisiones. Dicen que, puesto que son mayoría, ellos deberían decidir cuál es la forma adecuada de gobernar la ciudad. Se llaman a sí mismos *la comunidad*, están muy unidos entre sí y están bien organizados. A sus asociaciones les han dado el nombre de gremios. Solo se puede formar parte de un gremio cuando se posee una formación adecuada en el oficio en cuestión. Quieren regularlo todo hasta el detalle y expresar su opinión en todos los temas. Un par de veces la cosa ha estado a punto de terminar en una guerra. Así y todo, al final siempre hemos llegado a un acuerdo y ahora permitimos, de forma limitada, que los gremios tomen parte en las decisiones de gobierno.

Solo que la ciudad de Maguncia está bastante arruinada en este momento, una situación que dura ya décadas. Debido a las penurias económicas, en 1428 se produce una importante trifulca. Los gremios nos culpan a nosotros, los nobles, de preocuparnos solo de llenarnos los bolsillos. ¡Pero qué se han creído! Gracias a nosotros, la ciudad ha crecido. Tenemos nuestros derechos desde hace siglos. ¿Es que al final un zapatero remendón sin ninguna cultura va a decidir dónde se construyen las escuelas, cómo se defiende la ciudad y dónde se arrojan las basuras? “Zapatero a tus zapatos”, es todo cuanto digo.

Hay un tal Nikolaus von Wörrstadt que descolla especialmente en esta disputa. De hecho, consigue derrocar al Consejo. A nosotros los patricios nos queda solo una salida,

la misma que he conocido desde niño: un día nuestros sirvientes empiezan a vaciar nuestras casas. En la calle esperan ya los carruajes. Es una escena que llevo metida en la sangre y me resulta absolutamente natural. Entre el sonido de las trompetas y el restallar de los látigos, más de cien de nosotros, los señores, abandonamos la ciudad. La mayoría, incluida nuestra familia, se establecen en la vecina Eltville, una pequeña ciudad junto al Rin. Otros se trasladan a tierras más lejanas.

¡Ahora verán los miembros de los gremios lo difícil que es gobernar una ciudad cuando faltan los que tienen el dinero! Pasarán algunas semanas hasta que el asunto se debata y nosotros regresemos. Es algo que he visto pasar muchas veces desde que era pequeño.



Los hombres y las mujeres de la Edad Media

Johannes Gutenberg nació hace más de seiscientos años. Si consideramos que, como término medio, las personas tienen hijos cuando cumplen treinta años, Gutenberg podría ser nuestro tataratataratataratataratataratataratataratatarabuelo. Todavía podemos tomar en la mano los objetos que fabricó, sus libros. Pero ¿pensaba y sentía como nosotros, tenía nuestros mismos problemas y deseos? Eso es algo sobre lo que cada uno de nosotros puede reflexionar mientras se imagina cómo veía Gutenberg su ciudad natal, Maguncia. Tal vez, un día en que volvía de dar un paseo a través del campo, que estaba dividido en muchas parcelas y prados en los que trabajaban los labradores. Estaban arando y sembrando y recogiendo piedras. Sus casas, unas humildes cabañas hechas de adobe, se confundían con el paisaje. Des-



Esta es la imagen más antigua que se conserva de la ciudad de Maguncia, 1518.

pués, se alzó ante él la ciudad, con sus altos edificios, torres y una muralla que parecía un peñón escarpado. Al llegar a una de las puertas de la ciudad tuvo que identificarse y tal vez incluso dejarse cachear antes de poder sumergirse en el bullicio de personas, animales y casas que conformaban Maguncia.

Durante el camino tenía que estar todo el tiempo ojo avizor para evitar que le atropellara un carro o un caballo... o que le cayera encima la basura que alguien arrojaba a la calle desde una ventana. Mendigos, huérfanos hambrientos y ancianos achacosos alargaban la mano hacia él. Había muchos pordioseros deambulando por las calles. Tal vez mirara hacia el patíbulo y estuviera allí todavía el cuerpo oscilante del último criminal ajusticiado.

Al aproximarse al centro, por fin pudo caminar sobre calles pavimentadas, y se dirigió hacia la catedral, que se elevaba entre el océano de casas como una montaña de piedra. Cada dos por tres se cruzaba con amigos y conocidos que le saludaban. No había ningún sitio donde pudiera concentrarse en sus propios pensamientos. Pero la gente se mezclaba solo con los de su clase. Aquel que había nacido en una buena familia poseía más derechos, simple y llanamente, se sentía superior a las personas corrientes: así había sido siempre. Las normas estaban muy claras y todo el mundo sabía qué se podía y qué no se podía hacer, los demás te vigilaban constantemente. La vida estaba prácticamente prefijada... y Dios podía ponerle fin en cualquier momento mediante una enfermedad o una mera piedra en la vejiga. En las cercanías de la muerte, a todos les aterrorizaba la idea de acabar en el infierno.

¿Pensaba y sentía Gutenberg como nosotros? Es muy poco probable, porque incluso nuestros padres y abuelos piensan ya diferente a como pensamos ahora. Al fin y al cabo, Gutenberg sería nuestro tataratataratataratataratataratataratataratataratatarabuelo.



Exiliado en Estrasburgo

¡Qué despacio pasa el tiempo cuando uno está condenado a la inactividad! Dado que desde la infancia estoy acostumbrado a manejar dinero, metales y piedras preciosas, pruebo suerte en el comercio de joyas. Después de todo, provengo de una familia de expertos comerciantes. El problema es que en Eltville no hay clientes para un negocio así.

Está pasando el invierno y desde Maguncia no llegan noticias de que se haya alcanzado un consenso. Me siento encerrado en la pequeña Eltville y mi hermano Friele tiene la misma sensación que yo. Decidimos mudarnos a Estrasburgo. De niños habíamos estado de visita en esa poderosa ciudad de Alsacia. Cuando llevamos unos días de viaje, vislumbramos a lo lejos la aguja de la catedral de Estrasburgo. ¡Menuda torre han construido ahí! Es increíblemente alta. ¡Qué rica es la ciudad! Aunque también aquí los gremios se han hecho con el poder, muchos patricios siguen conservando su influencia. Nos dan una calurosa bienvenida.

Estrasburgo está llena de vida. En comparación, Maguncia casi parece un pueblucho de campesinos. Estrasburgo es cinco veces más grande, es una ciudad construida junto a un río, atravesada por multitud de canales que se utilizan para el transporte de mercancías. Los ciudadanos han levantado un dique para canalizar las aguas del río Ill y sus afluentes que son conducidas con gran habilidad por toda la ciudad. Sus barcas llegan con rapidez y seguridad al

cercano Rin, desde el que se puede llegar fácilmente a Basilea y a mi ciudad natal, o seguir navegando hacia Colonia y los Países Bajos, incluso hasta el Mar del Norte. Estrasburgo es comparada con Venecia, solo que la ciudad italiana, construida sobre el mar, no está bañada por cristalina agua dulce como Estrasburgo, sino por maloliente agua salada.

Tomamos una habitación en una hospedería. Empiezo a disfrutar de la vida, mientras mi hermano mantiene un comportamiento retraído. Yo me dejo llevar, voy de una cervecería a la siguiente. Pronto hago amistad con varios jóvenes nobles entre los “konstofler”, como se llama en Estrasburgo a los patricios.



Por suerte podemos recurrir al dinero que ha invertido nuestra familia en Estrasburgo. Desde Maguncia no llegan buenas noticias: los gremios se mantienen en sus trece. Sigue sin haber acuerdo, todo lo contrario, bloquean nuestras rentas*. Todos los patricios hemos prestado sumas de dinero a la ciudad que tienen que devolvernos a plazos, con intereses. Pues bien, esos desvergonzados simplemente han dejado de pagar esas rentas y, además, están diciendo que los pagos a los patricios llevarían la ciudad a la ruina. Pero nosotros hemos cedido nuestro dinero a la ciudad... ¡qué culpa tenemos de que el Ayuntamiento lo haya administrado tan mal! Para mí, está claro: nosotros, los nobles que nos hemos exiliado, no debemos renunciar a nuestros derechos. ¡Que vea la ciudad cómo se administra sin nuestro dinero! La pregunta que se plantea es siempre la misma: quién necesita a quién con más urgencia, la ciudad a nosotros o nosotros a la ciudad. Por desgracia, pasa mucho tiempo hasta que las noticias llegan desde Maguncia a Estrasburgo.



Mi hermano vuelve a marcharse enseguida. Está dispuesto a hacer las paces con los gremios de Maguncia y por eso nos peleamos. Los dos echamos chispas y, de nuevo, nos damos cuenta de que no nos entendemos. Mi hermano piensa que soy agresivo y arrogante y yo que él es un conformista.

Tiene que transcurrir un año y medio, hasta marzo de 1430, para que en Maguncia finalmente se alcance un acuerdo. La nobleza y los gremios redactan un solemne documento que llaman el “convenio”, en el que se regulan al detalle quién puede hacer qué, cómo tiene que comportarse cada uno y qué derechos posee cada quién. Al menos, los patricios podemos conservar algunos de nuestros puestos en el Ayuntamiento y seguimos manteniendo el derecho a acuñar moneda. Sin embargo, aparte de eso, ahora



son los gremios los que gobiernan la ciudad. Ciertamente, me permiten regresar a Maguncia. ¡Qué clementes! Lo único que tengo que hacer es garantizar por escrito que cumpliré las normas del nuevo convenio.

¡Qué insolencia! Bajo tales condiciones, no pienso regresar. No voy a hincar la rodilla ante los gremios. A partir de este momento, mis rentas dejan de llegar. Los gremios quieren obligarme a aparecer ante ellos y a doblegarme ante sus deseos. ¡Pues van a saber quién soy yo! Me encantaría reunir un ejército para actuar contra esos ladrones del Ayuntamiento de Maguncia.



De todos modos tampoco tenía intención de regresar a mi ciudad natal. He aprendido a apreciar la vida de Estrasburgo. ¿Dónde hay mejores posibilidades de disfrutar de la vida y probar nuevos caminos? Lo malo es que la vida en una gran ciudad es cara. Dentro de poco se me agotarán los ahorros que mi familia tenía en Estrasburgo y voy a quedarme sin un céntimo.

En 1433 muere mi madre. Los gremios tienen la culpa de que no pueda estar a su lado en su lecho de muerte. Al menos, mi situación mejora un poco con su fallecimiento porque, como heredero, la casa “zum Gutenberg” de Maguncia pasa a ser mía. Mi hermano recibe otra casa en Eltville, de hecho, la casa en la que vive actualmente. Pero rápidamente me doy cuenta de qué poco me vale tener una casa en mi ciudad mientras esté viviendo en Estrasburgo. Tengo que conseguir dinero de algún modo.

La muerte de mi madre me ayuda también desde otro punto de vista: desde entonces, cuando me muevo en sociedad, empiezo a presentarme cada vez más como Gutenberg y, en esta nueva ciudad, puedo librarme con facilidad del apellido Gensfleisch, que nunca me ha gustado. Ahora, oficialmente cuando la gente se refiere a mí habla de Johannes Gensfleisch, llamado Gutenberg.



¿A quién pertenece la ciudad?

En los tiempos de Gutenberg, los campesinos representaban el noventa por ciento de la población. La mayoría dependían de sus señores feudales, a cuyo servicio estaban, y a los que debían entregar el “diezmo”, originalmente una décima parte de todos sus productos o ganancias, mientras que solo una minoría de ellos eran propietarios de las tierras que cultivaban. Sin embargo, cuando empezaron a aparecer las grandes ciudades, toda esa estructura sufrió cambios profundos. “El aire de la ciudad te hace libre”, se decía de aquellos que habían conseguido establecerse en una gran ciudad.

La mayoría de las ciudades, al principio, estaban gobernadas por un príncipe o un obispo con sus subalternos, que pronto obtuvieron suficiente poder para poder gobernar junto al obispo o incluso contra él. Así se impusieron como clase dirigente los denominados patricios, ciudadanos ricos que eran dueños de la mayoría de las viviendas de la ciudad, recaudaban contribuciones, fabricaban el dinero (es decir, poseían el derecho de acuñar moneda) y controlaban el tráfico de mercancías. En algunas ciudades, las ciudades imperiales libres, esos patricios gobernaban incluso sin ningún príncipe u obispo por encima de ellos: el emperador era el único que podía darles órdenes.

Sin embargo, a medida que los artesanos iban fabricando mejores mercancías y conseguían venderlas cada vez mejor, también ellos fueron adquiriendo cada vez mayor influencia. Eran especialistas que fabricaban todo lo que se necesitaba en la ciudad: cajas, ropa, pan, sierras, féretros, cerveza... Con el fin de asegurarse el

sustento, se agruparon en gremios, asociaciones regidas por su propio sistema de normas. Los gremios establecían los precios y vigilaban que se mantuviera la calidad de las mercancías. Los artesanos solo podían ejercer un oficio si eran miembros del correspondiente gremio.

Pronto, los patricios solo podían remitirse a la tradición para justificar que fueran ellos quienes llevaran la voz cantante en la ciudad. Hacía mucho tiempo que los gremios incluían a la mayoría de la población, controlaban la economía y producían la riqueza. Por el contrario, los patricios vivían más bien del préstamo con intereses o de los ingresos municipales: en el fondo, a costa de la

comunidad. Ese fue el motivo por el que en muchas ciudades alemanas estallaron una serie de conflictos, algunos de ellos auténticas guerras civiles, que a menudo se prolongaron mucho tiempo. En la mayoría de los casos, los enfrentamientos persistieron hasta que se autorizó la participación de los gremios en el gobierno de la ciudad o incluso hasta que se pusieron al frente de ella. En la época de Gutenberg esos conflictos seguían vivos.



*Unos artesanos construyendo una ciudad.
Grabado en madera, ca. 1480.*

